

## Un mundo de a 16 centímetros el metro

*Elite*, 1954-12-04.

Es un mundo pequeño, pero sugerente. Está toda Venezuela encerrada en seis o siete vitrinas con puertas corredizas de cristal. Se ve a través como se intuye el espíritu de las cosas, sobre todo de las cosas que fueron: amables, comprendidas.

La perspectiva que ha dado Raúl Santana a este mundo de síntesis en miniatura no es sólo de tamaño. Es algo así como si lo hubiese sufrido, digerido y recreado mediante la magia de sus manos con todas las resonancias interiores hechas de madera, barro, trapos o aserrín, visibles para todos, aun para aquellos que no son capaces de sentir las mismas angustias de que está alentada esta obra de creación ciclópea de un mundo de miniaturas que ha llevado a este hombre más de veinte años de trabajo paciente de artista.

La creación no tiene metro. Las figuras de cartón o de cera o de piedra en tamaño natural no dicen más que las pintadas en la cabeza microscópica de un alfiler, si éstas han sido creadas con ese mágico soplo de la creación. El hombre, cuando crea modestamente, con verdad y sin petulancias, con un sentido de proporción humilde, construye como Raúl Santana, hombres, casas y cosas que puede meter en una vitrina y clasificar por temas.

La idea de un creador tiene un objetivo elevado. El copista no levanta la vista de la muestra. El creador cierra los ojos, conjuga una fuerza volitiva con eso tan indefinible y tan particularmente humano que constituye el genio imaginativo y nace un carácter, o un ambiente, o un ser o toda una vida circunstancial con aire, con luz, con sombras. Igual como nace el hombre de carne. Es un alumbramiento con padre, madre, dolor y todo.

\* \* \*

Raúl Santana no ha sido nunca lo que se entiende por un artista a tiempo completo. Ha sabido guardar ese equilibrio campesino del sentido práctico con una innata vocación artística. Nacido el 13 de febrero de 1893, desafiando la pava por más de 61 años, Raúl trabajó ayudando a su papá en el famoso comercio "La Económica", entonces de Angelito a Jesús y hoy, ya vendido a los Garlin, de Torre a Madrices. Estudió en el Colegio Alemán, como la mayoría de los de su época, y se metió a lo mismo que hacía su padre, como la mayor parte de los de su tiempo.

Pero ya el muchacho tenía aficiones de artista. Dibujaba. Sobre papel de estraza, en las paredes, pero dibujaba. Eran los tiempos de Leo, el maestro. Cuando éste se fue a Puerto Rico a su revista, Raúl, que ya era "Santico" por nombre de artista, le sustituyó como dibujante en "El Universal". Para entonces había hecho Raúl la clásica escapada a Europa, que duró dos años, casi enteramente dedicados al estudio en España, junto con

Reverón. Hoy guarda aquellos recortes amarillos en álbum como si fuesen pedazos de pellejo que le hubiesen arrancado uno a uno con dolor.

Y a medida que dibujaba, hacia figuras. De aquel tiempo guarda reproducciones del "dandy criollo", el "señor cura", "la beata y mandinga"; caricaturas de los pintores Ramón González y Poura Oscandalberro, de la escritora Luisa Martínez. Fue el promotor del primero y segundo "Salón de Humoristas Venezolanos". El primero tuvo lugar el 28 de octubre de 1919. Con trapo, guásimo y nueces como meollo de la anécdota y la caricatura, "Santico" ganó el premio de escultura de la Academia de Bellas Artes.

Pero su sentido práctico le gritaba que además de crear para vivir de ojos para arriba, le hacía falta comer para mantener el resto. Y se le metió la inquietud de un oficio artístico-manual: el fotograbado, oficio que entonces constituía una especialización profesional de mucha importancia.

Hay en este mundo de Raúl Santana una primera vitrina dedicada al origen. En un afán de síntesis elocuente están las miniaturas de todos los elementos que constituyen los símbolos del descubrimiento y los aportes mutuos a la vida nueva del Nuevo Mundo: una mazorca de maíz, la papa, la yuca, el tabaco, el cacao; las imágenes del indio, el negro, el blanco, el mestizo o zambo; está la Cruz, un ejemplar de "El Quijote"; están también la tizona, la espada de lazo y el trabuco; y la guitarra, la pandereta, junto a los tambores negros; hay unas muestras de cerámica, artística y popular, y unas muestras de pintura.

Los mil objetos del hogar están representados con toda esa gracia suave de las cosas humildes que han servido fielmente por años a nuestros abuelos y por si solos hablan de toda una época de vida, de toda una forma de nacer y de morir. Está tiesa, muy servicial, la tranca, que servía para eso, para *trancar* la puerta, y para matar el cochino y componer los huesos al yerno. Está también, muy importante, el santo del zaguán, y un letrero que ha dicho por siglos: "Dios bendiga este hogar". Están los letreros que garabatean los muchachos en las paredes: "Pongan timbre", "Aquí no pagan, maulas", "En esta casa ai una bieja loca y regañona", "Atiendan ligeros pedasos de" (punto). Hay un retrato del popular Mocho Hernández, muy erguido, muy popular en los hogares venezolanos del 98. Están en puesto de honor los botines de orejitas, la sierra pintada (incluida en la lista de cosas pavosas que guarda Raúl Santana como un entierro) los retratos de los viejos, el cojín de Rosita, la lámpara de carburo, la viandera con los tronquitos, el rabón de desyerbar la calle cuando aun no había llegado el asfalto a la superficie, el casquillo de la buena suerte, el catre, la petaca, dos lámparas de aceite de las ánimas, una camisa de cuello "pegao"; "Pedro Moreno", *que quita lo malo y pone lo bueno*, para las zurras; están también la piedra de moler, el templón, un hueso de jamón que se prestaba al vecino para una inmersión en el puchero y tenía sustancia para días; la pimpina para el agua, la totuma (también para el agua en grandes y en *menores* cantidades), un excusado de hoyo y su vara de medir (de Mayora). Y otros trastos que no caben aquí.

Raúl Santana tiene caricaturas muy graciosas de los tipos populares, de los locos, los chuscos, los serios, que de una manera u otra han contribuido a dar fisonomía particular a Caracas. Está el poeta Landaeta (1892) que componía los aguinaldos para Pascua; está "Niño andando", el campanero de la Catedral que fue despedido por viejo y andaba, el

pobre, loco de no saber qué hacer de su vejez después de pasarse toda su vida tocando las campanas, cantando *¡Dion-don!* por las calles como si tuviese un badajo dentro. De la misma época también: "Pelo de oro", un pintor popular; "Cantalicio", el magnífico payaso que vendía en la Plaza del mercado; "Los cigarrones", padre e hijo que actuaban como toreros bufos y "eran una maravilla"; el maestro "El Trompa", torero valiente que llenaba el circo; el célebre cochero "Mascavidrio", mal llamado "Morcilla". El Duque de Rocas Negras, ataviado de paltó levita color araguato, camisa azul y corbatín verde, que inventó un motor a gas y quedó cojo de la explosión cuando fue a probarlo. También tienen su puesto animales del fin de siglo que gozaban de gran popularidad y han dejado un eco tierno que aun resuenan en los mayores: el mono de Martín Curiepe; el perro "Cenizo", que solía sentarse a atender las clases de la Universidad y traía el periódico.

No podía faltar en este mundo de Raúl Santana la historia de la imprenta en Venezuela. Aparecen en magníficas reducciones de fotograbado las primeras páginas de "Actualidades", "El Progreso", "El Noticiero", "Pitorreos de Leo", "El Cojo Ilustrado", por supuesto, y otros muchos. Entre estos muchos más están el inmortal "Almanaque Rojas" y la revista "Ilustración" que apenas vivió dos o tres números, como otros muchos colegas de hoy.

En este mundo de entonces no podían faltar los brujos y las brujas. Eran más modestos; no tenían bolas de cristal ni chequeras; eran, en verdad, de mejor cepa que sus imitadores de hoy. Aquí ha quedado en el museo de Santana, para la posteridad, Juan Alonso de la Cruz, indio, el primer brujo de que se tiene noticias en Venezuela y trabajaba con autorización del gobierno. Raúl Santana ha escrito brevemente su biografía al pie de su retrato. No sé de dónde habrá obtenido los datos, pero aquí están: "Indio, primer brujo criollo, de Valencia, manumiso "autorizado" por papel del médico don Angel, de Caracas, para ejercer por haber curado a la mujer de Juan Grizos, un "pesao" de esa época, 1721. Denunció a la mulata Gracia de la Parra, bruja "dañera" que le hacía la competencia. Para descubrir robos usaba el truco de las tijeras, que giraban hasta que las puntas señalaban el caco; decía hacerse ayudar por el Padre Félix, capuchino, santo muy venerado en aquella época". Al lado del brujo Juan Alonso están las chinelas endemoniadas, la mata de sábila, un mabitómetro o pavímetro, marcando de 0 a 1.000, (si lo prueba con alguna de las pavas de hoy, revienta). Está también don Zoilo, y a su lado una vela para amansar y otra para fomentar discordia. Está también, muy serio, el "dotol Nigüín". Y otras muchas cosas que todos conocen porque están en circulación.

Los niños tienen aquí su puesto de juguetes de miniatura: la perinola, el tirabuqué (dos pepas de mango), la honda, los "tiritos" o garbanzos, la piedra de chispa, el roncador, el gurrufío, la chicharra y otras inocentadas. Los niñitos de hoy cargan juguetes que echan tiritos de verdad.

Y para endulzar, dulces que ya ni se sueñan. Da gusto y apetito ver platicos minúsculos con un pedazo de majarete, o buñuelos de yuca, Juan sabroso, bienmesabe, ñemitas, arroz con coco, chanfaina, hueva de lisa, mereyes pasados, torta de bejarana u otras delicias que ya no hay paciencia de confeccionar y quedan en unas conservas en pote. Hay también caña. Hay aguardiente, crema ponsigué, las mistelas de Pipermín, chocolate y rosas; la leche de burra y la guarapita.

Hay una graciosa colección de letreros: "Se ponen agujas", "Ojo pelao, casa de familia", "Familia desente", "Se alquilan 2 avitasionas", "Antes de acostarte los pies lavate", "El dormitorio portugués". Se ve que antes también había. Pero si Raúl Santana fuese a recoger los anuncios y los letreros que andan colgados, o pegados o pegando por esta Caracas que está haciéndose, encontraría muchísimos más.

También tiene Raúl Santana en su museo, que todo el mundo puede visitar, planos de diferentes épocas de Caracas, escudos, vistas fotográficas. Hay escenas: el carro de frutas y hortalizas del isleño, el fotógrafo ambulante, el vendedor de raspado, de flores, de lotería ("La Esperanza del Día") a los que sólo les hace falta sacar fotos de verdad, o tener raspado o dar una voz.

Hay un puesto para la música. Entre los instrumentos de música criolla están representados el arpa, las maracas y el cuatro, la charrasca, la batería de quitiplán, el sonajero, la guarura, el güire, las tamboras y otros muchos.

Hay frutas también: naranjas, de Valencia y las "cajeras", que son amargas; la fruta vedada, pomarrosa, limones dulces, café y cacao, cambures, mapueyes, guanábanas, pomagás y duraznos, fresas del Galipán, nísperos, cocos, parchitas y otras muchas más.

Y está la pulpería venezolana ("La bodeguita de San Pablo"), con su tabla de picar queso, la ñapas, las velas de sebo criollo, los piloncitos de sal, "dos de mantequilla y dos de queso" de cuando los centavos eran eso, centavos de verdad; medidas de uno y dos centavos de aceite; menjurjes, leña de rolos y café molido.

Tiene sitio el campo venezolano. Está el garrote encabullado, un par de alpargatas número 1, el huso de hilar margarita, una alcancía de tapara, un pelador de cocos, cabos de sogá, la enjalma, un colgador de palo, el peine para bestias, el tramojo, el farol de la carreta (el faro de un Cadillac de entonces), tarugas de amarrar bestias, chinchorros y muchos otros elementos de las entrañas mismas de la tierra.